

Dios á quien no puede decirse ¿por qué has hecho eso? Desde el principio favoreció y distinguió con un singular afecto al alma de Luis, y el alma de Luis era su delicia y su complacencia (1).

En esta suposición ¿quién no daría la razón á Luis, si gozando de los bellos y ricos privilegios de la inocencia rehusara someterse á las penas que son fatal é infeliz herencia del pecado de Adán? Pero Luis piensa todo lo contrario, y aunque habia participado por un gran favor divino de la felicidad de los primeros, quiso espontaneamente participar tambien del mérito de los segundos. Mirad hasta qué punto. Se ofreció el immaculado jóven, añade la sagrada Rota, y se dedicó al Señor cual hostia y víctima de penitencia, siendo á un mismo tiempo segun el consejo del Apóstol hostia y víctima viva, santa y agradable al Dios á quien la ofrecia (2): bellas palabras que explicando de un modo maravilloso la medida, el fin y la regla de su penitencia, le convienen en gran manera y comprenden todo el plan de la otra parte mas tierna de la vida de nuestro santo. En primer lugar se ofreció á Dios en hostia viva. ¿Y por qué? Porque no se prescribió á sí mismo en el padecer otra medida que la que precisa y absolutamente se requería para vivir. Basta para persuadiros de esto que echeis una ojeada á su mesa, y no solamente en aquellos dias que eran de ayuno, de los cuales contaba indispensablemente tres por lo ménos en cada semana, sino tambien en aquellos que tenia él por dias de delicia y de un solemne banquete. En estos mismos dias (¿quién lo creería, si no lo hubiesen depuesto muchos testigos oculares y juramentados?) en estos mismos dias todo su alimento por meses y años se redujo á tan poco, que pesado cuidadosamente bastantes veces seguidas por personas muy puntuales el que acostumbraba tomar en cada comida y cena, no llegaba muchas veces al peso de una onza. Vágame Dios! ¿qué mesa mas parca y mas frugal se sirvió nunca en la márgen de aquellas solitarias fuentes, donde se juntaban para interrumpir sus largas cuaresmas los Pablos y los Antonios, los Hilariones y los Arsenios? Pues tal era el delicado convite que preparaba para saciar su hambre en la edad que exige mas alimento, y en una mesa de príncipe un pequeño príncipe. Y ¿no atribuireis á milagro,

(1) *Is. c. 42. v. 1.* (2) *Rom. c. 12. v. 1.*

como todos seguramente lo atribuían, el que nuestro Luis viviese, con especialidad si quereis añadir al rigor de su abstinencia el de tantas otras mortificaciones con que se extenuaba y disminuía mucho mas sus débiles fuerzas? ¿Quién podría explicar por ejemplo aquel inaudito modo de estrecharse á la cintura espuelas en vez de cilicios, hasta profundizar en la viva carne las agudas puntas, ni aquella ingeniosa manera de atormentar sus breves sueños, poniendo entre los blandos colchones pedazos de madera y tizones apagados, ni aquel interrumpirlos frecuentemente con largas y penosas vigiliass? Vosotras solas lo sabeis muy bien, sombras silenciosas y fieles de la tenebrosa noche: vosotras que le visteis tantas veces levantarse en lo mas oscuro de vuestros frios horrores, y aun siendo niño estarse muchas horas contemplando en Dios de rodillas y con sola una camisa en el corazon del rigurosísimo invierno. Cubran en hora buena su casa por todas partes las heladas nieves, soplen en ella las terribles tramontanas, tirite de piés á cabeza el delicadísimo niño: sin embargo permanecerá inmóvil y tranquilo; y si por no poder mas, se deja caer de boca sobre el fríísimo suelo, continuará en semejante postura sus profundas meditaciones. ¿Quién podría tampoco explicar las crueles flagelaciones con que á los principios todos los dias y despues hasta tres veces entre noche y dia despedazaba bárbaramente su tierno cuerpezuelo? Vosotras nos lo direis, venturosas paredes de su aposento, salpicadas y manchadas con su inocente sangre: vosotras nos describireis cómo armada, ya de cordeles, ya de cadenas su implacable diestra, descargaba centenares de desapiadados golpes sobre sus pequeños miembros, hasta faltarle en tan cruel carnicería la respiracion y el aliento. Ahora sí que me parece estoy mirando aquel blanco cordero que há tantos años vió y describió en su Apocalipsis el evangelista san Juan, y que aunque en una sutil respiracion y en tal cual gemido que daba, se reconocia estar vivo, yacia no obstante á los piés del divino trono como si estuviese muerto (1). Y ¿no os parece lo mismo de Luis, oyentes míos? Es cierto que en el maltratarse, que en el llorar y derramar sangre conoceréis muy bien que está todavía vivo; pero ¡ó qué dolor! que con aquella palidez de su semblante, con aquella total falta de fuerzas y con aquella ex-

(1) *Apoc. c. 5. v. 6.*

tenuacion de todo su cuerpo me parece casi difunto y muerto. Y en efecto héle aquí moribundo. ¿No os lo dije yo? Toque ahora con la mano los excesos de su penitencia, y vea si no era verdad lo que todos le andaban diciendo acerca de sus indiscreciones. Mas oíd y reflexionad, señores míos, y llenos de compasion. Provisto con el santo viático y cerca de exhalar su immaculado espíritu, se vuelve este ángel en carne humana á su superior y le dice: padre, debo pedir os una gracia, que por ser la última y pedir os la un moribundo, espero que no me la negaréis. — Decid, Luis. — Os suplico, padre, por aquella caridad que debéis tener de mi alma, que me concedais una vez ahora ántes que muera, el que me dé una disciplina. — Una disciplina en semejante estado, Luis! Pues qué? ¿pensais en azotar os, cuando no teneis fuerzas para mantener os en pié ni para mover un brazo? Es verdad, padre, que yo no puedo hacerlo por mí mismo; pero que alguien por caridad me azote de piés á cabeza, tanto que no parta de este mundo con el escrúpulo de haber hecho aquí tan poca penitencia. — Ah! dejadme, oyentes míos, que me retire ahora á llorar, pues al oír este pasaje no puedo contener mis lágrimas. ¿Poca penitencia os puede parecer que habeis hecho, amado ángel, si con un diluvio de golpes no llegais á dar el último aliento? ¡Ó infeliz de mí que soy á un mismo tiempo tan pecador y tan delicado! Y ¿qué mira, pregunto, podia tener Luis en mortificarse y atormentarse con tanto rigor? ¿La de purificar acaso una víctima manchada y sucia? No por cierto, pues tal no era. Así que no podia ser otra que la de ofrecer en sí mismo una víctima cada vez mas santa. ¿Dudais acaso de ello? Preguntádselo á él mismo. Pero ay Jesus! que responde primero con un suspiro, y despues con una voz trémula hace saber á todos que se trata así, porque teme los juicios incomprensibles del Señor y sus propios pecados. Es verdad, decia, que por vuestra misericordia, Dios mio, me convertí á vos y dejé de ser aquel abominable pecador que era; mas ¿quién sabe, quién sabe, si aun me habeis perdonado? Y á la verdad le parecen estas maldades tuyas del siglo tan enormes, que habiéndose de confesar por la primera vez en Florencia, no pudo resistir su disforme aspecto, y horrorizado sobremanera cayó con un mortal deliquio á los piés del confesor. O gran Dios! ¿qué delitos pueden ser los de un jovencito que apenas cuenta un lustro de edad? De cualquiera

clase que sean, es preciso decir que son muy graves, cuando le conducen á semejante extremo. ¿Queréis por ventura saber cuáles son? Ea, arrancadle de la mano sin recelo ninguno, pues que está extenuado, aquel papel en que ha extendido su confesion, y leed: me acuso de haber tomado á escondidas siendo niño una poca de pólvora á uno de mis soldados, el cual, si yo se la hubiese pedido, no dudo que me la hubiera dado de buena gana. Me acuso asimismo de haber proferido una vez cerca de los mismos soldados no sé qué palabra indecente sin entender su significacion. — Y despues? Despues no hay mas. Ya está concluída la confesion, aunque es una confesion general. No hay mas? Es posible? Mas acaso no lo habrá Luis pensado todo bien y algo faltará. Justamente lo habeis acertado, oyentes míos, así es: no lo ha pensado Luis todo bien y falta alguna cosa; pero esto que falta, añadidlo vosotros y escribidlo en el mismo papel. Añadid; y estos son los únicos y gravísimos excesos por los que tanto se aflige y palpita hasta perder casi la respiracion: estos los que llora con lágrimas de tan amarga penitencia, como si fuese un David contrito ó un Publicano arrepentido: estos los que cree no poder vengar bastante en sí mismo hasta querer morir por ellos en el suelo y á fuerza de azotes. En vista de esto yo no necesito de mas para decir sin ningun recelo que no podia proponerse otro fin en su padecer que el de formarse una víctima cada vez mas santa é immaculada. Así pues bórrese de la historia de su vida cualquiera otra memoria de sus acciones: no se hable mas de aquella rara modestia que no solo no le permitia fijar la vista en el semblante de ninguna mujer, sino que le hacia tener los ojos clavados en la tierra, de manera que no conocia ni aun las calles por donde andaba, ni aun la mesa á la cual se sentaba, ni aun el aposento en que habitaba: pásese en silencio aquella vergüenza virginal que era el encanto de todos, y por la que solo al oír alguna alabanza muy merecida ó alguna palabra algo deshonesta se le inflamaba y cubria de un bello rubor el rostro: no se traiga á la memoria aquella ardentísima caridad que le llevaba á servir en los hospitales con tanto gusto á los enfermos, y de mejor gana á los mas llagados y asquerosos, hasta contraer la pestífera y contagiosa enfermedad de qué murió: olvidese en suma cualquiera otra de sus heróicas virtudes, por las cuales le aclamaban todos por un ángel, por un bienaventu-

rado, por un santo que aun podia canonizarse vivo, y cuéntense únicamente sus culpas mas graves. ¡Ah, oyentes míos! estaba por decir que mejor acaso que sus mismas virtudes me comprueban ser un santo sus propios pecados.

Pero acerquémonos al fin, y añadamos solamente que la única regla que se propuso Luis en sus mortificaciones fué la de complacer en un todo al Señor, ofreciéndole una víctima que le fuese agradable. Limitome sobre esto por amor de la brevedad á un solo hecho célebre de su vida, quiero decir, á aquel mandato que admitido ya en la religion creyeron discretamente sus superiores que debian imponerle, en vista de su extremada debilidad y de cierto dolor de cabeza habitual que le habia sobrevenido; esto es, el de no poner tanto la consideracion en Dios y el de distraerse cuanto pudiera con otros objetos. ¡O cuán duro mandato es este, y ó qué dura y casi intolerable prueba para el corazon de Luis! Prescindiendo de que le parecerá que esto es desterrarle del amabilísimo rostro de su Señor ¿cómo ha de obedecer, si una misma cosa es para él resolver no pensar mas en Dios, y renunciar de una vez todo su bien, pues ignora que haya otro aquí en la tierra? ¿si ademas ha mucho tiempo que el mismo Dios está aposeionado de su alma, habiendo atraído á sí y robádole todos sus pensamientos? ¿si en fin habiendo llegado á serle connatural por el largo uso el pensar en Dios, mayor violencia, como confiesa él mismo, ha de costarle separar de él su imaginacion que tenerla de continuo fija en él? Mas sin embargo obedecerá aunque con grande dificultad y trabajo: sí, obedecerá vuestro siervo, Señor; pero acordaos despues de hacer de modo que sienta ménos el peso de su obediencia: compadeceos de un alma afligida no por otro motivo sino porque no puede estar con vos: extinguid en su corazon las vivas ideas que habeis impreso en él de vuestro adorable y divino ser: no se las representeis mas en adelante con apariencias tan amables y atractivas. No obstante aquí fué donde comenzaron entre Dios y Luis aquel buscar con tanta ansia y aquel arrojarse tan amorosamente de una parte, y aquel esconderse y huir de la otra, como se lee haber sucedido entre el esposo y la esposa de los sagrados Cautares. Procuraba el santo jóven obedecer lo mejor que podia y alejarse de Dios con el pensamiento lo mas que le era posible, compensando entre tanto el daño de la separacion con visitarle muchas veces en la sagrada

Eucaristía, aunque temiendo alguna sorpresa bien pronto se apartaba y alejaba; mas el divino Amante que le esperaba principalmente en esta ocasion, viéndole llegar y pasar tan velozmente, le decia al corazon: espera, espera: detente un poco, Luis, acércate, escúchame (1). No podia Luis dejar de volver la cara al oír una voz tan agradable y que conocia tan bien; pero inmediatamente añadía el otro: Qué haces? Así me obedeces? No te acuerdas ya de mi mandato? Huye, Luis, huye (2). Con esta reconvenccion desaparecia Luis inmediatamente de su presencia; pero Dios como si le siguiese y corriese tras él le gritaba: ¿Qué, puedes huir de mí, Luis? ¿De ese modo recompensas el amor que te mostré, cuando buscándome en tu niñez me dejaba tan fácilmente encontrar de ti? ¿Qué caricias no te hacia yo entónces? ¿De cuántas dulzuras no te colmaba? Ó Dios mio! no puedo responderos, replicaba Luis, que me lo habeis prohibido: sabed solamente que huyo de vos, porque os amo. Mas vosotros, ángeles, decid á vuestro Dios y mio que no se puede vivir así y que, ó me arranque en hora buena el corazon, ó me levante la prohibicion (3). En este mismo instante complaciendo á Dios en extremo tan bellas porfías y resistencias, pasaba de las palabras á las obras á manera de un amante enajenado de su afecto, y se arrojaba improvisamente á su alma, y la abrasaba y arrebatava. Al punto que advertía esto Luis, rechazaba de sí á su Dios exclamando: apartad, Señor, apartad; y al mismo tiempo se sacudia y procuraba con la fuga sustraerse de los castos y dulcísimos abrazos; pero todos sus esfuerzos eran vanos y á pesar de todos ellos era arrebatado contra su voluntad. Y ¿quién puede explicar las violencias, las agonías y las angustias de su pobre corazon en tales debates? ¿quién el liquidarse y el derretirse como una blanda cera en un incendio de caridad tanto mas activo para reducir á cenizas, cuanto ménos libre para arder? Y justamente se complacia Dios de ver deshacerse y consumirse poco á poco una víctima que tanto le agradaba entre los ardores de tan pura, tranquila y suave llama. ¡Ah Señor! tanto mostrasteis no seros desagradable, que aun pudo Luis decirnos como David: vos sabeis si yo estaba, no digo

(1) *Veni dilecte mi. Cant. 7. v. 11.*

(2) *Fuge dilecte mi, fuge. Ibid. c. 8. v. 14.*

(3) *Adjuro vos... ut nuntietis ei quia amore langueo. Cant. 5. v. 8.*

pronto y deseoso, sino impaciente por ofrecer un sacrificio de lágrimas, de ruegos y de sangre (1); pero vos no quisisteis esto de mí, y por el contrario me pedisteis el sacrificio de un corazón atribulado y martirizado por vuestro amor, según os lo ofrezco (2). Digo martirizado, señores, por el divino amor, porque este fué el principal y más poderoso motivo que tuvo la gran Serafina de Florencia para declarar y elogiar á Luis como mártir aunque incógnito. *Luis fué, dijo, un mártir incógnito.* En virtud de este secreto é interior martirio llegó á completarse la formación de aquel hombre enteramente nuevo, como he procurado mostrároslo desde el principio, que supo unir tan bien en sí mismo los privilegios de la naturaleza inocente y las penas propias de la naturaleza pecadora. Mas ya se han acabado los contrastes y vos, Luis, reposais ahora seguro entre los brazos de vuestro eterno amante. Dignaos de echarnos desde ahí arriba una mirada piadosa, y disparad á nuestro corazón una de aquellas amables y vigorosas saetas que según decía la misma virgen Serafina, soliais vibrar cuando viviais al corazón del Verbo, para que inflamados todos de caridad, ó perseveremos con vos en la inocencia, si aun no la hemos manchado, ó hagamos penitencia, si somos pecadores. Así sea.

(1) [Ps. 50. v. 18. (2) *Ibid.* v. 19.]

FIN DEL TOMO CUARTO.



TABLA

DE

LOS SERMONES, DISCURSOS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO CUARTO.

	PÁG.
Sermon de san Ildefonso, arzobispo de Toledo. Armado san Ildefonso con el escudo de la divina ley, se hizo superior á todos los peligros y dificultades. — De Lázaro García.....	1
Sermon de san Indalecio. — De la Biblioteca predicable.....	11
Discurso para el día de santa Ines virgen y mártir. — De Troncoso.....	21
Sermon para el día de los Santos Inocentes. — Del Púlpito Español.....	36
Sermon para el día de los Santos Inocentes. — De Almeida....	48
Sermon de san Isidoro, arzobispo de Sevilla. Su mérito consistió en velar, trabajar con todos, obrar como evangelista, cumplir con su ministerio y vivir con sobriedad, según lo encargó el Apóstol á su discípulo Timoteo. — De la Biblioteca predicable.....	57
Sermon de san Isidro. — Del Púlpito Español.....	66
Sermon de san Isidro Labrador. — De Santander.....	78
Sermon de san Isidro Labrador. En san Isidro se nos manifiesta el premio con que Dios recompensa la humildad. — De Lázaro García.....	91
Sermon de san Joaquín, padre de Nuestra Señora. — De Santander.....	101
Discurso para el día de san Joaquín, padre de María santísima. — De Troncoso.....	113
Discurso para el día de san José, esposo de María santísima. — De Troncoso.....	126
Sermon de san José. — De González.....	136
Sermon del patrocinio de san José. — De González.....	145
Sermon I. de san Juan Bautista. La confianza en el patrocinio del Bautista debe ser proporcionada á la idea que tenemos de su virtud y poder. — De González.....	153
Sermon II. de san Juan Bautista. La prodigiosa natividad de san Juan Bautista manifiesta su excelencia é induce la más firme confianza en su poder. — De González.....	160
Sermon de la natividad de san Juan Bautista. El nacimiento del Bautista nos ofrece motivos abundantes para regocijarnos y también para santificarnos. — De Lázaro García.....	167